

COVARRUBIAS, Israel (Coord.) (2018). *Maquiavelo. Una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado*. Ciudad de México: Editorial Taurus. ISBN: 978-607-315-949-4. 291 pp.

Álvaro Aragón Rivera

Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM)

aragonalvaro@yahoo.com.mx

Maquiavelo. Una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado está integrado por diez artículos y una introducción, “Leer a Maquiavelo hoy” escrita por el mismo coordinador. Está dividido en dos secciones: la primera se titula “IncurSIONES en el léxico de lo político. Estudios conceptuales”; la segunda, “Excursiones en la historia. Estudios de contexto”.

Los títulos de las secciones anuncian los temas de los que se ocupan los artículos. Para la ocasión, me permitiré ofrecer una presentación sin coincidir con el orden de los artículos dentro de la obra.

Primero, celebro la publicación del libro porque es un esfuerzo intelectual serio y riguroso por seguir discutiendo, comprendiendo, problematizando y descubriendo nuevas líneas de investigación sobre la vida y obra de Maquiavelo. Se trata de un clásico del pensamiento político en el que es posible conocer tanto el “espíritu de su tiempo” como entender los problemas de otras épocas, a partir de los conceptos y categorías generales que formuló. Maquiavelo fue un gran observador. Su obra evidencia una serie de cambios que estaban aconteciendo en Europa, Italia y, precisamente, Florencia.

Los artículos de Roberto García Jurado, Herminio Sánchez de la Barquera y Arrollo, Adolfo Garcé, Juan Cristóbal Cruz Revueltas y Martha Elisa López Pedraza son excelentes en el propósito de mostrar esos cambios. Cada uno de ellos, no sólo nos ofrece una descripción detallada del contexto político, cultural y social de ese momento para entender el ambiente en el que se gestaron las motivaciones y preocupaciones de Maquiavelo; también, contribuye a la comprensión de las circunstancias en que muchos de sus conceptos y reflexiones tuvieron lugar. El

conocimiento del momento histórico de Maquiavelo, es decir, el entorno político, social y cultural, así como sus circunstancias personales, permiten observar, en todo su esplendor la profundidad, la complejidad y la significación de su obra en la historia del pensamiento político. En conjunto, los cuatro artículos de esta segunda sección son una suerte de ventana al mundo de Maquiavelo; una mirada detallada al humanismo renacentista que permite aquilatar la agudeza en la observación y la capacidad para capturar conceptualmente la serie de cambios que estaban sucediendo.

Roberto García coincide con Herminio Sánchez de la Barquera en que “es imposible estudiar a Maquiavelo sin contemplar y valorar su contexto cultural, social y político”. La importancia del contexto es que ayuda a entender muchas de las tesis de Maquiavelo; estas se comprenden mejor si se observan como resultado de la experiencia política del Florentino. Maquiavelo, afirma Roberto García, es un hombre del Renacimiento, un hombre que se halla en una encrucijada por la que transitó el hombre medieval para dar paso al hombre moderno, para generar una conciencia del presente en la que habrían de cohabitar e integrarse fuertemente la herencia del mundo grecolatino clásico y el antecedente inmediato del cristianismo medieval. Maquiavelo toma conciencia de los problemas que enfrentaban los nacientes Estados modernos. De acuerdo con Herminio Sánchez, el conocimiento de las características esenciales del Renacimiento, de la situación política de Italia y las condiciones de la política en Florencia permite acercarnos con mayor profundidad al escritor, al humanista, al poeta y al político.

Por ejemplo, García Jurado, en su contribución “Maquiavelo: la educación y formación de un humanista”, afirma que cinco aspectos del Renacimiento dejaron una enorme huella en el pensamiento del florentino. El choque entre humanismo y teología; la vida pública y la vida ascética; el auge de las artes, la filosofía y la literatura; la colisión de la vocación por la guerra de la aristocracia medieval y su desplazamiento por un modelo de conducta de acumulación de riqueza que pronto impuso sus imperativos al conjunto social; el conflicto social y político entre la vieja aristocracia medieval y el pueblo llano. Buena parte de estas tensiones que están a la vista de todos los de su época son captadas por Maquiavelo y están presentes en sus obras.

Asimismo, los textos de Herminio Sánchez, Juan Cristóbal Cruz Revueltas y Martha Elisa López son muy ricos en la delimitación de los contornos del Renacimiento. Por ejemplo, el primero presenta la recuperación del mundo clásico; la periodización acompañada de los cambios significativos en las artes, en las ciencias, en el ámbito político; el desarrollo del pensamiento filosófico que imprime

un impulso renovador a la imagen del hombre y del mundo. Un fenómeno que “significa la irrupción de Europa en la modernidad”. El segundo reconstruye el humanismo cívico florentino desde Dante, Brunetto Latini, Petrarca hasta llegar a Maquiavelo; de tal suerte que es una especie de heredero y contenedor de un humanismo que muestra todo su esplendor en la apertura de una nueva época, la modernidad: un movimiento dialéctico, en el sentido hegeliano.

Ahora bien, ambos autores coinciden en que el cambio del Medioevo al Renacimiento tampoco fue tajante, es decir la recuperación de los griegos y los latinos se hizo a través de los ojos de la Edad Media, afirma Herminio Sánchez de la Barquera y Arroyo. No obstante, la recuperación griega y latina “trajo consigo el surgimiento de las academias” (p. 204), el desarrollo de la arquitectura, la pintura, la escultura y la música. En este sentido es que el Renacimiento se caracteriza por una nueva conciencia de la propia personalidad e individualidad. Y es Maquiavelo quien asume en toda su expresión esta nueva conciencia, que se afirma en el ámbito político; la importancia de la personalidad del príncipe para la fundación de los Estados.

Juan Cristóbal Cruz y Martha Elisa López reconocen que en el humanismo lo que está en juego desde Petrarca a Maquiavelo es la ruptura con la visión agustiniana que había dominado durante más de 1000 años; a saber, aquella que daba prioridad al problema de la salud del alma y que veía en la gracia divina la única fuente de virtud y salvación (p. 250). Así como san Agustín, ante la caída del imperio de Roma, invierte los valores del mundo romano para poner en la cúspide los del cristianismo, la pregunta es si Maquiavelo hace algo comparable. La respuesta es afirmativa: en su obra aparecen una concepción de la política, del poder, de los valores y de la naturaleza humana propiamente modernos (p. 251). Es un cambio de paradigma que deja atrás las concepciones eulógicas de la política. Una concepción moderna que rompe con lo que para la tradición era incuestionable, la relación entre ética y política y con la pretensión de la unidad y armonía valorativa. Es la emergencia de un pensamiento práctico que es irreducible a la moral y a las virtudes religiosas (p. 148), que establece la autonomía de la esfera política.

El contexto ayuda a entender las motivaciones personales y políticas de los escritos de Maquiavelo. Es una época con circunstancias significativas para el florentino. Italia no era un país unificado políticamente: estaba dividido en pequeñas unidades políticas, “cuyos soberanos rivalizaban entre sí en diversos campos: en el militar, en el económico, en el comercial y en el mecenazgo artístico y filosófico” (p. 207).

Ahora bien, esto no quiere decir que fuese exclusivo de Italia. Herminio Sánchez, siguiendo a John Law, pone en duda que haya tenido lugar un cambio radical acerca de la percepción de la cosa pública o de la mentalidad frente a lo público. Un ejemplo es que la existencia del típico príncipe renacentista no se reduce a Italia: los reyes Tudor también se comportaban como dueños de Inglaterra. La gran diferencia estriba en que el siglo XVI fue una época catastrófica, políticamente hablando para Italia, no así para España, Inglaterra, Portugal o Francia. Esto es lo que resulta significativo para la experiencia y reflexión de Maquiavelo. Por ello, de acuerdo con Roberto García Jurado, el florentino habla de cómo se hacía la política en ese momento, así que todo cinismo, indolencia o hipocresía que se le atribuye a sus juicios no son más que un fiel reflejo de la forma en que el hombre renacentista se estaba empezando a enfrentar a su realidad política (p. 193).

Es en este sentido que Maquiavelo es un clásico. Su obra expresa el espíritu de su tiempo. Ahora bien, sería un error reducirlo a mera expresión del mismo; capta perfectamente esa experiencia política y logra condensarla en una serie de categorías que significan una ventana para comprender la modernidad y al mismo tiempo para pensar nuestra actualidad. De esto último, dan cuenta los artículos de la primera sección.

Los seis artículos expresan la vigencia del pensamiento de Maquiavelo, pero también de lo problemático de las obras que trascienden su época. En la lectura que Javier Franzé hace de *El príncipe*, se pregunta si este es un texto que permite pensar la primacía de lo político o la autonomía de la política. Para ello, analiza la relación entre virtud y naturaleza humana, con el objeto de ver si la política construye sujetos/actores o se encuentra con elementos prepolíticos como la naturaleza humana.

La interrogante que Franzé plantea es en dos sentidos: uno, actual y otro, histórico. En el primero, se ve qué hay de vivo y de muerto en *El príncipe* a la hora de pensar lo político en nuestras sociedades contemporáneas; en el segundo, en qué medida Maquiavelo pertenece a la noción clásica de política como administración o la de política como creación, que rompe con esa tradición clásica. También para poner a prueba esa suerte de lugar común según el cual Maquiavelo sería fundador de la ciencia política moderna.

Para Franzé, “la política en *El príncipe* aparece como una actividad terrena que requiere la lucha por la construcción y conservación del poder con el objetivo de realizar un fin, el bien colectivo, en un mundo desprovisto de un sentido inherente” (p. 124). El margen de imprevisibilidad, propio de las acciones humanas, es lo

que Maquiavelo llama fortuna. La influencia de esta puede ser acotada gracias a la virtud, que en este sentido representa las cualidades para saber cómo actuar en cada situación para construir o conservar el poder: “La política es una actividad terrena porque sus decisiones y consecuencias se verifican única y exclusivamente para una comunidad humana en este mundo” (p. 124). Pero en Maquiavelo hay una contradicción en su concepto de política, abierto a la lucha por el sentido, y su uso generalizado del concepto de bien (y mal) de la ética clásica para clasificar todas las acciones políticas.

Según Franzé, la concepción de la naturaleza humana adoptada por Maquiavelo, cierra la posibilidad de entender *El príncipe* como un texto plenamente situado en la primacía de lo político, ya que la política no es capaz de crear actores, ni la comunidad, sino que en lo fundamental sólo debe administrarlos. No hay autonomía de la política “porque al no historizar la política naturaliza sus pilares (naturaleza humana, reparto de la virtud, recursos políticos, posiciones de los actores, campo político)” (p. 137). Lo anterior supone que para que pueda hablarse de autonomía de la política se debe pensar la historicidad de aquellos pilares para que se les pueda pensar como resultado contingente de las luchas en y por el campo político. No hay pilares *a priori*: lo político es la lucha por su construcción. Es una manera de cancelar la reflexión sobre lo político. Por tanto, tampoco se puede hablar de una fundación de la ciencia política moderna.

En un análisis de las mismas categorías y la misma obra, Pablo Tepichín Jasso, llega a conclusiones distintas. Él se plantea rastrear los rasgos de lo político y sobre esa base se pregunta cuáles serían los principales términos y categorías que se anudarían a la noción de conflicto político. Para ello, analiza las decisiones políticas en el plano del acontecimiento, el papel de la virtud, el papel de las metáforas que envuelven a la naturaleza humana y a la política. De acuerdo con Pablo Tepichín, la verdad efectiva de la cosa se observa en que el príncipe debe ser capaz de manejar las circunstancias, la ocasión para alcanzar sus objetivos: “la finalidad de la política en Maquiavelo es ‘crear, en circunstancias permanentemente variables, un orden capaz de ofrecer seguridad a sus miembros’” (p. 74). Tepichín reconoce que el conflicto es como un fundamento negativo de la sociedad en la que éste es necesario para que se instituya; es decir, mediante el conflicto los individuos y los grupos encuentran la posibilidad de un mundo común. En este sentido, la política tiene una función creadora, de definición de lo político: el conocimiento de la naturaleza humana solo se entiende históricamente. La distinción de Maquiavelo entre la realidad efectiva de la cosa y lo que la imaginación puede sugerir implica una contraposición ética entre lo que es y lo que debería de ser. Él señala

la distancia que hay entre una y otra posición: dado que la mayoría se rige por la primera, los que se agrupan en la segunda sólo pueden provocar su ruina. El conocimiento de la política supone necesariamente reconocer la verdadera condición o naturaleza de los seres humanos, no lo que podrán llegar a ser.

Otra conclusión distinta a la de Franzé, sobre la primacía de lo político es la que sugiere Hernán Gabriel Boisonik, en su revisión a “Castruccio Castracani, o de la *virtù* en acto”. La teoría del Estado de Maquiavelo se apoya en la virtud del gobernante (p. 32). “La acción virtuosa es el gesto o momento en el que se expresa con mayor claridad el espacio de la libertad humana” (p. 32). La virtud como una forma de libertad que se opone al libre albedrío de la moral católica. Esta forma de libertad que representa la virtud, los hombres y sus acciones constituyen el objeto de la ciencia política. Él reconoce que “el gran hallazgo del florentino fue vincular directamente la *razón de Estado* con la *virtù*” (p. 40), con lo que despojaba de todo halo moral y religioso el orden político. La relación entre ética y política, vida buena y bien común se ven trastocadas drásticamente. Lo que Maquiavelo pone en evidencia es que las razones del poder para fundar un Estado, los imperativos de la lucha política, son incompatibles con las exigencias morales, lo que muestra el conflicto irreductible entre valores. Esto último pone en entredicho los postulados de la tradición clásica: la armonía y unidad entre valores. Maquiavelo evidencia que los deberes que impone la política, se refieren a la lucha por el poder sustentado en la fuerza y chocan con los deberes e imperativos éticos y religiosos; justo contrario a lo que sostiene Franzé: estamos ante una la reivindicación de la autonomía de la política frente a otras actividades que pretenden subordinarla como la moral o a la religión. Que esto lo haga fundador o no de la ciencia política moderna es banal. Los ingleses, por ejemplo, afirman que es Hobbes. Algunos otros manuales se van más lejos y colocan en ese lugar a Aristóteles. Lo anterior sólo muestra las diversas lecturas e interpretaciones a las que se ve sometido un clásico del pensamiento político. A propósito de esto último, sólo que en otro tenor, se encuentran el texto de Israel Covarrubias, “Maquiavelo y la escritura de la política” y el de Hugo César Moreno Hernández, “Maquiavelo como textualidad estratégica”.

Hugo César Moreno señala que la palabra Estado, tal y como la conocemos se le debe a Maquiavelo. Toma las primeras líneas del capítulo primero de *El príncipe* y a partir de esta referencia elabora una genealogía de la relación entre Estado y soberanía: “Los Estados y soberanías que han tenido y tienen autoridad sobre los hombres fueron y son, o repúblicas o principados” (p. 87). De acuerdo con Moreno, estos conceptos se confunden y en ocasiones se conjugan. El autor

expone cómo se han ido configurando las diferentes relaciones entre Estado y soberanía a partir de las reflexiones de Bodin, para quien la soberanía es el poder absoluto y perpetuo de una república, o Hobbes, o de experiencias como la Revolución francesa, o la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos. En los casos anteriores, la soberanía pasa de estar depositada en la figura del rey, de un colegio o asamblea, o desde una idea hegeliana en la que el Estado absorbió la realidad de la soberanía para entenderla en un plano interno y externo. La soberanía frente a otros Estados soberanos o la soberanía entendida como autodeterminación. Su reconstrucción sigue para recuperar las concepciones de Max Weber y Carl Schmitt. Por las conexiones que establece, el ejercicio es sumamente interesante.

Justo Israel Covarrubias toma la misma referencia de Hugo César Moreno para advertirnos de los problemas que le suceden a un clásico con la transmisión y traducción de su aparato conceptual a otra lengua; o cuando pretende ser actualizado a una época distinta. En la referencia de Hugo César Moreno, el concepto soberanía es sustituido por imperio, que es el concepto que Maquiavelo utiliza. Se trata de dos términos distintos que refieren a realidades diversas. ¿Cuál es el problema? De acuerdo con Israel Covarrubias, es “que a través del lenguaje que aparece en los escritos de Maquiavelo observamos una serie de usos políticos de las palabras, pero también una cierta categorización e interpretación del universo político e histórico que será visibilizado en ese lenguaje” (p. 55). Continúa: “Estamos frente al desafío de capturar esa lengua propia, escrita en italiano florentino (de raíces toscanas), como base para la construcción de un léxico común” (p. 55) que funcione como fuente de producción conceptual en relación con la teoría política de su tiempo, pero que permita observar ciertos problemas generales o comunes de la política, con independencia de la época en la cual se inscribieron.

El cambio o sustitución de un concepto por otro cambia la comprensión de la realidad en la que se desarrollaron esos conceptos. Lo anterior, afirma Israel Covarrubias, “cambia el punto de inflexión semántico e histórico que introduce Maquiavelo en la escritura de la política de los primeros modernos en relación con la transformación radical del espacio político [...], hay que reparar en que el imperio no es un equivalente simétricamente proporcional e histórico del de soberanía” (p. 57). El cambio de un concepto a otro, señala más adelante, supone un cambio de época. En este sentido, es pertinente interrogar si, en efecto, uno de los problemas de la teoría política es la de reconstruir el desarrollo de los cambios conceptuales. De ser así, ¿cuál es su método? La sustitución que hace Hugo César Moreno en su texto, y muchos otros autores, de soberanía por imperio introduce

cambios radicales para la comprensión del significado de los fenómenos que denota; pero al mismo tiempo la actualiza.

Para concluir, diría que vale la pena leer el libro. Cada uno de los artículos se pueden leer por sí mismos, por sección o en diálogo con otros artículos como he intentado hacer. Los temas que he tratado son pocos comparados con los que contienen cada uno de los artículos. Sin lugar a dudas es un libro que contribuye a una mejor comprensión del pensamiento político de Maquiavelo. En el conjunto de la obra, hay problemas que ya no aparecen, que interesaron a otros en diferentes momentos. Sólo por mencionar un caso, ninguno discute si Maquiavelo es republicano o monárquico. En todos los autores hay un esfuerzo porque la reflexión de la obra de Maquiavelo nos permita pensar los problemas de nuestro tiempo. Algo que prevalece en la obra es que *El príncipe* y los múltiples problemas que plantea funcionan como una especie de centro de gravedad. Evidentemente hay alusiones a los otros textos. No obstante, el peso de *El príncipe* es mayúsculo. Quizá se deba a que los escritores son hijos de una época muy particular. A los lectores, les tocará hacer su propia lectura.